

Predicados de la realidad

Introducción

Es sabido que la estructura simple de cualquier oración articula dos extremos básicos: sujeto y predicado. Esto no necesita explicarse. Voy a suponer una hipotética oración cuyos flancos sean la realidad (y sus variables), tomada(s) como sujeto, y como predicado un discurso elaborado; por ejemplo, el histórico, el filosófico (con su metafísica); el religioso (y su teología); o cualquiera de los artísticos: musical, pictórico, literarios (poético, dramático, narrativo); incluso los de las ciencias duras: física, matemáticas, astronomía, etc. Pues bien, a partir de este momento, cuando emplee la palabra *sujeto* estaré aludiendo a la realidad (o viceversa), y cuando me refiera a la literatura (novela), a la pintura, a la historia, pero también al conocimiento científico en alguna de sus formas, estaré indicando modelos singulares de *predicado*.

El sujeto

El distintivo específico de cualquier sujeto es su naturaleza nominativa: el sujeto nombra,

* Profesor catedrático del Programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Autor de la trilogía novelística *Todos los demonios*, conformada por *Días así*, *Metástasis* y *Proyecto burbuja*. El texto publicado hace parte del volumen *Escritos sobre el lenguaje y la literatura*, que se encuentra inédito.



De la serie "El lugar de la casa" (Lilia Miranda).

identifica. Pero a la vez es decible (discernible), por cuanto de él se predica. Cuando ese decir apunta a lo esencial, el verbo rector predicativo es *ser*, llamado "verbo esencial", porque no designa acciones, sino que enuncia la naturaleza íntima del sujeto. Así, cuando decimos que "alguien" corre o come, ese decir no implica lo distintivo de quien realiza la acción. No sabemos si es bueno o malo, generoso o mezquino; ni siquiera si es gordo o flaco. Pero si decimos *es honesto*, o *es deshonesto*, describimos una condición ética singular que no aplica para todos los que corren o comen. Lo mismo acontece, por ejemplo, con objetos o fenómenos naturales o no, o con otros seres vivos (animales, vegetales). Que un huracán avance, que una piedra ruede, o que un animal duerma, no dice nada esencial de lo nombra-

do: la *categoría* del huracán, la composición de la piedra y la naturaleza del animal, respectivamente, permanecen ignotas. Pero si en el primer ejemplo se señala que es de categoría cuatro, en el segundo, que se trata de roca volcánica, y en el tercero, de un perezoso, estamos frente a una calidad propia. Ante lo expuesto, no es desestimable la siguiente réplica. Además de denotarse, todo sujeto se discierne por el sólo hecho de serlo, porque al decir que *x hombre* corre se produce una distinción ontológica, pues en tal caso *no* se trata de un conejo. Y cuando se señala que un *balón* rueda, *no* se está hablando de una piedra. Lo anterior aplica para múltiples situaciones. Puede concluirse que estamos ante una identificación positiva que excluye la negación y no es predicativa ni performativa, sino constati-

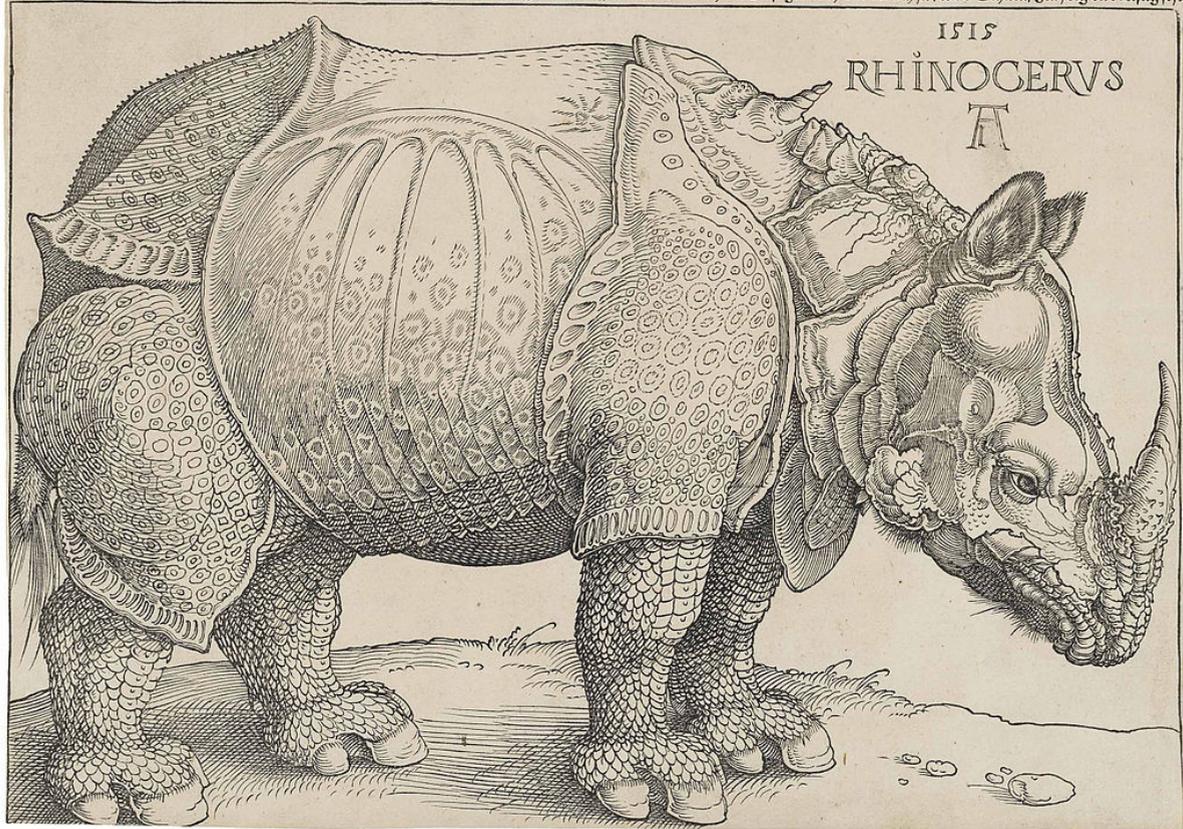
va. En otras palabras: no se puede cuestionar su veracidad o falsedad. Sucede igual cuando se usa la afirmación por negación. Al decir “lo que corre *no* es un hombre”, sin importar que el corredor sea un conejo o un hipopótamo, basta lo dicho para que cualquiera de las dos (o más) opciones sea verdadera o falsa.

Descontada la réplica, los ejemplos anotados apuntan a situaciones singulares y casuísticas muy concretas, se refieren a componentes parciales, o mejor, a fracturaciones discontinuas de un contexto: un solo hombre, una piedra y un animal específicos. En adelante, excluiré de la exposición a los individuos, a los sujetos objetuales: piedras (cosas en general); igual a vegetales y animales, cuyos respectivos pre-

dicados, geología, botánica y zoología no son pertinentes para lo que sigue. Concentraré mi atención en lo que atañe a lo humano social.

El conjunto de los hombres, sus obras, acciones y formaciones sociales configuran desde grupos y comunidades simples hasta complejas culturas (civilizadas o no), que, inscritas en contextos en los que suceden eventos y acontecimientos, desembocan en niveles de la realidad (de hecho, son realidades) que reclama un decir (predicado) específico para su comprensión. Es aquí donde se consolida mi propuesta de considerar al acontecer (conjunto de los acontecimientos) humano: cronológico, cultural, económico y social como sujeto que exige su predicado propio, ya sea

Nach Christus gepurt. 1513. Jar. 2di. s. May. Hat man den großmichtigen Kunig von Portugal. Emanuel gen. Lysabona pracht auß Indía ein sollich lebendig Thier. Das nennet sie Rhinocerus. Das ist hie mit aller seiner gefalt abcondertset. Es hat ein farb wie ein gespöckeltes Schildkrot. Vnd ist vñ dicken Schalen vberlegt fast fest. Vnd ist in der groß als der selbende Aber nyderrechtiger von paynen/ vnd fast wehaffig. Es hat ein scharff starck Horn vom auff der nase. Das begynde es allet zu wegen wo es bey steynen ist. Das dösfig Thier ist des selb fang tote feynde. Der selbende fürcht es fast vbel/ dann wo es In ankumbe/ so laufft In das Thier mit dem Kopff zwischen dye foderen payn vnd reyst den selbende vnder am panch auff vñ erwürgt In/ des mag er sich mit erwan. Dann das Thier ist also gewapent/ das In der selbende nichts kan thun. Sie sagen auch das der Rhinocerus Schnell/ staydig vnd listig sey.



Grabado de rinoceronte (1515), por Alberto Durero.

el discurso histórico o incluso los discursos sociológico y antropológico. En otros términos, la historia, la sociología y la antropología son, cada uno por separado, predicados singulares de una determinada dimensión de lo humano cuya calidad es traducida por ellos. Pero si esos fractales confluyen bloqueando la singularidad que los constituía para conformar el haz del todo existente, ¿estaremos ante un sujeto unificado (el uno total), que por serlo reclama un predicado que dé cuenta de dicha fusión? De ser así, me inclino a creer que ese omni-predicado aún no existe, en la misma forma en que no existe el (hasta ahora) teóricamente llamado “campo unificado”, que re-uniría en un solo complejo los campos gravitacional, electrostático y electromagnético, y que ha sido un rompecabezas para los científicos, desde Isaac Newton, pasando por David Bohm y Albert Einstein, hasta llegar a Stephen Hawking. De existir (lo cual es muy probable), dicha existencia no ha sido verificada experimentalmente aún.

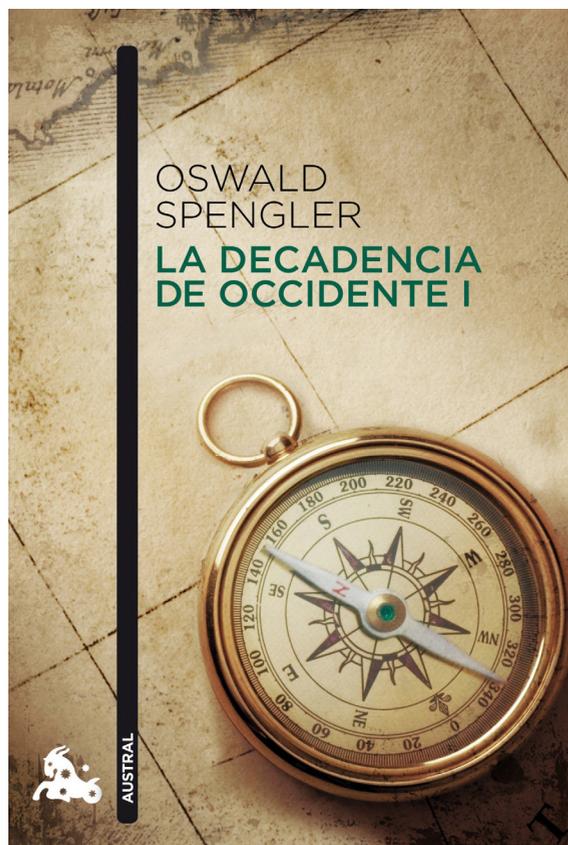
Los predicados

Con lo dicho hasta aquí he tratado de establecer con alguna precisión el carácter del sujeto (realidad) en la hipotética oración que he propuesto como matriz de análisis. También ha sido una manera de desplazarlo, porque, como lo indica el título de esta reflexión, su línea gruesa es el acercamiento a la naturaleza de los *predicados*, a los que he definido atrevidamente como discursos elaborados. Como anticipo de mi acercamiento expreso mi acorde (más que un simple acuerdo) con la terrible idea de que los predicados describen como certezas algo que en realidad es ilusorio, más no por eso falso.

Para ampliar la tesis anterior recurro a una fórmula borgiana. Esta es su brevísima historia. Gracias a un texto de Sábato titulado “Los dos Borges”, sabemos que el autor de *Ficciones* levantó parte de su estética literaria sobre un planteamiento hecho por el Círculo



Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato en un bar de la Plaza Dorrego (1974), por Revista *Gente*.



de Viena, que propuso que “la metafísica es una rama de la literatura fantástica”. Aunque todo indica que se trató de una ironía, no es descabellado pensar que Borges asumió muy seriamente el chiste y lo profundizó en un famoso diálogo con Sábato. Durante él se refirió a Dios así: “¡Es la máxima creación de la literatura fantástica! Lo que imaginaron Wells, Kafka, o Poe no es nada comparado con lo que imaginó la teología”. Y enfatiza el asunto tomando los atributos de omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia como el mayor plus de la fantasía creativa.

Pues bien, estirando el sarcasmo del Círculo de Viena y la idea de Borges, ¿por qué no considerar los lenguajes de la historia, la filosofía, el arte (en todas sus formas: pintura, literatura, música, etc.); de la religión, así como de las matemáticas y la física “ramas de la lite-

ratura fantástica”? ¿Acaso no son ellos, como Dios, esencialmente alegóricos y simbólicos? Y si siendo el discurso elaborado *literatura fantástica*, una predicación compleja de aspectos atípicos de la realidad, ¿su estética no funcionaría como predicado de sus variables cuando las traduce en forma de ficciones? Una de ellas, por ejemplo, la posible existencia de dimensiones o mundos paralelos, que es un tópico frecuentado en muchos relatos fantásticos. Incluso, más allá de eso, la eventual progresiva evolución, y por qué no, simultánea coexistencia de universos plurales, lo cual no tiene nada bárbarico, pues desde hace mucho se viene hablando de *multiverso*; y no es un disparate alienígena. Según la física teórica – Feynman es uno de sus adalides– existen: a) los universos cerrados (aquellos que se colapsan sobre sí mismos); b) los abiertos (que se expanden indefinidamente; y c) los críticos (ubicados entre los que colapsan y los de expansión continua; estos podrían albergar vida inteligente). El nuestro pertenece al grupo *b*, y como tal, continúa su proceso de expansión (Hawking, 2007).

La veracidad o falsedad de lo anotado queda en función de los descubrimientos y experimentaciones que dentro de poco o mucho tiempo permitan establecer como certeza esta –por ahora– predicación de la física teórica. Sin embargo, con independencia de que se compruebe cualquiera de las dos alternativas, el éxito del desarrollo científico hasta el momento, visibilizado en sus hipótesis, constituye sin lugar a dudas predicaciones sobre la existencia del (o los) universo(s), tal como el discurso teológico puede considerarse uno de los predicados del sujeto Dios; *oración* que tanto encantó a Borges. Otros predicados de Dios podrían ser las mitologías, las cosmogonías, e incluso ciertas escatologías; por ejemplo, la parusía cristiana. Es más, la mitología y la cosmogonía sirven por igual como predicados sobre el origen del cosmos.

La historia y la literatura como predicados

Insistiré en mi propuesta utilizando sólo un par de “predicados” más: historia y literatura, relacionándolos a partir de coincidencias concretas, sin especulaciones teóricas o académicas. Antes de seguir, se impone una importante consideración metodológica en la línea argumentativa. Así: los discursos elaborados tienden a la universalidad. Es decir, apuntan a la aprehensión totalizante del abanico de la realidad. Por ejemplo, en los discursos literario e histórico se encuentran insumos que provienen de la vida social, de la religión, de la psicología, de la filosofía, de la economía y de las ciencias. El inventario puede ser interminable. Si bien lo dicho aplica para otros, no menos cierto es que, por su delimitación conceptual, cada discurso privilegia aspectos específicos del conocimiento que ocupan una especie de primer plano de interés temático en relación con otro (u otros) que quedan ubicados en un trasfondo. Por ejemplo, en el científico no es frecuente encontrar ingredientes esotéricos, mientras en el antropológico no son usuales los de la física teórica. Con lo dicho no propongo exclusiones.

La historia

Apelaré a un inquietante planteamiento de *La decadencia de occidente*, de Oswald Spengler, para visibilizar en el discurso histórico algunas de las vecindades mencionadas. Se encuentra en este fragmento:

¿Quién sabe que existe una profunda conexión formal entre el cálculo diferencial y el principio dinástico del estado en la época de Luis XIV; o entre la antigua forma política de la polis (ciudad) y la geometría euclidiana; o entre la perspectiva del espacio, en la pintura occidental, y la superación del espacio por ferrocarriles, teléfonos y armamentos; o entre la música instrumental contrapuntística y el

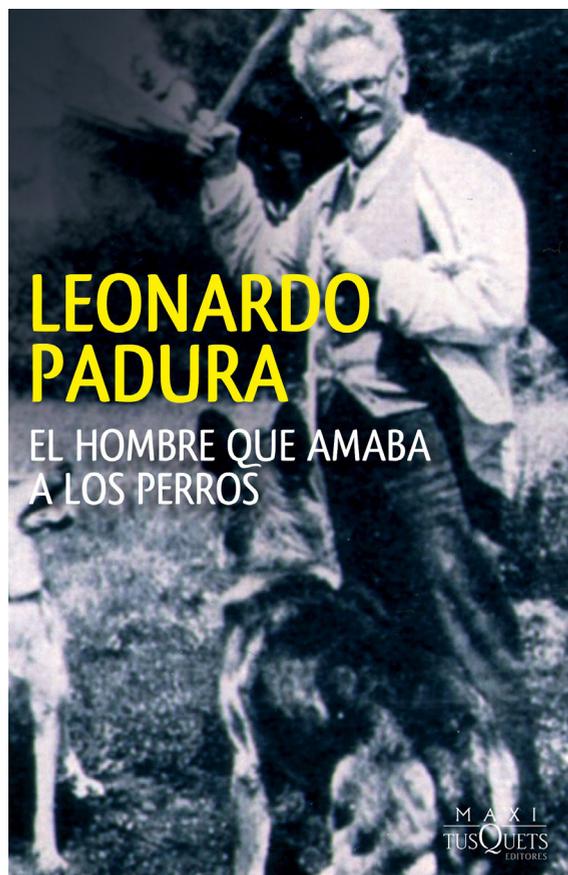


Vasili Grossman Vida y destino



sistema económico del crédito? Incluso los factores más reales de la política, considerados en esta perspectiva, adquieren un carácter simbólico y hasta metafísico. Y acaso por primera vez suceda ahora que cosas tan variadas como el sistema administrativo de Egipto, el sistema monetario antiguo, la geometría analítica, el cheque, el canal de Suez, la imprenta china, el ejército prusiano y la técnica romana de construir vías son parejamente entendidas como símbolos e interpretadas como tales. (Spengler, 2015).

La pregunta/reflexión del historiador es contundente. La increparé en la forma hecha por él, preguntando: ¿estamos ante la puesta en escena de predicados parciales sobre parcelas de la realidad-sujeto? ¿Es decir, micro-pre-



dicados de micro-unidades de contexto? ¿De qué otra manera entender que el “cálculo diferencial” avecine con un “sistema dinámico” del siglo XVIII (o viceversa)? ¿O que la “música instrumental contrapuntística” lo haga con el ‘sistema económico del crédito’? Son sólo preguntas como la de la referencia: ¿Quién sabe que...? Pero Spengler va más allá: trasciende la simple determinación causa-efecto historicista; es por eso que habla de *conexión formal* y no de nexo causal. Él no podía anclarse en una explicación mecanicista del funcionamiento de la historia que precisamente fue uno de los déficits de la metodología de análisis que trascendió cuando propuso la “historia fisiognómica” y la “historia del universo” como alternativas a lo que mucho tiempo después Karl R. Popper, desde otra perspectiva, criticó como “miseria del histori-

cismo”. Ambos imaginaban sujetos y predicados; ambos construían su propia oración.

La literatura

Que la literatura es uno de los más densos predicados de la realidad es una verdad de a puño, desde el anónimo *Poema de Gilgamesh*, hasta *Finnegans Wake*, de James Joyce. Con *Ilíada* Homero predicó tardíamente (fue compuesta en el s. VIII a. C., y llevada a la escritura en el VI...) el “sujeto” *período heroico* helénico del XII a. de C. *Gargantúa y Pantagruel*, *El Quijote* y las obras de Shakespeare predicaron de los “sujetos/realidades” de sus respectivos tiempos y seguirán haciéndolo renovadoramente a la luz de los nuevos horizontes de expectativa de los lectores de cada época, presente o por venir. Lo mismo puede decirse de las novelas de Dostoievski y de Sábato, de *Pedro Páramo* y de *Cien años de soledad*. Pero como de lo que se trata es de comentar casos concretos y puntuales, usaré como ejemplos de lo literario como predicado las novelas *Vida y destino*, de Vasili Grossman, y *El hombre que amaba a los perros*, de Leonardo Padura, tomadas en conjunto.

Entre ellas existe cierta conexidad temática y conceptual. En cuanto a lo primero, varios de sus asuntos se imbrican a partir de una línea gruesa trenzada por la dictadura de Stalin y los procesos de Moscú de 1937. En el caso de *Vida y destino*, el eje de esa línea es la batalla de Stalingrado; mientras que en *El hombre que amaba a los perros*, los mismos contenidos tienen como núcleo el asesinato de Trotsky ordenado por Stalin. Ahora, conceptualmente, ambas coinciden en su cuestionamiento de un modelo político caracterizado por la injusticia y la crueldad, con la variable de que en la obra de Padura esa puesta en crisis se refiere a la recientemente atenuada situación socio-política e ideológica de la Cuba de finales del siglo XX y de lo que va corrido



Stalingrado tras la liberación de la ocupación alemana (1943). Fuente: RIA Novosti Archive.

del XXI. Retomando a Spengler, existe “una profunda conexión formal” entre dichas novelas y el “sistema de sentido” (Iser) en que afincan, y por lo tanto, podría afirmarse que ambas son discursos estéticos predicativos de sus propios contextos históricos. Pero un análisis orientado en esa dirección tiene la debilidad de una determinación causal mecanicista del tipo “a tal infraestructura corresponde tal superestructura”, que, formulada así, además de ser un pésimo guiño al materialismo histórico mal entendido, reduciría la enormidad artística de dichas obras a una simple reacción contestataria contra gobiernos oprobiosos en la instancia literaria. Por lo anterior, y evitando ese camino, el modelo de interpretación de ambas como predicados debe basarse en la naturaleza del sujeto del que ellas predicán. Y ese sujeto es un acontecer histórico cuya marca es la negación en el grado de carencia. En otras

palabras, dichas novelas irrumpen (en épocas diferentes, es cierto) como un decir alternativo a la historia no escrita. He ahí el sujeto de la oración de la cual *Vida y destino* y *El hombre que amaba a los perros* son predicados. Ellas predicán sobre una historia inexistente; mejor, sobre la no-historia de algo que debió ser historial. En el proceso de llenar ese vacío recurren a todas las estrategias del decir literario como útiles, cuya instrumentación estética conduce a la mostración de lo inexistente, para instalar una verdad histórica omitida por medio de la verdad poética; la única cierta, la que realiza simbólicamente el verbo *ser*, cuya sola presencia en los enunciados fuerza el surgimiento del predicado y lo conmina a hacer la verdad. En este punto se impone una anotación importante. Así: en el análisis en curso no es pertinente la fórmula de Heidegger de la *alétheia* (que literalmente se refiere a lo

evidente y verdadero), y que el filósofo re-interpretaría como revelación de la verdad oculta, que en nuestro caso sería lo historial que ha sido solapado.

No aplica esa metodología, repito, sencillamente porque no hay nada oculto; lo habría si, habiendo existido previamente, hubiera ocurrido un ocultamiento. Aquí lo grave es que al no existir “escritura” sobre un asunto x, lo único que hay es ausencia total, vacío; más que eso, nada. De ahí que no se trate de des-velar la verdad oculta, sino de crearla. Por eso los predicados de ese sujeto que he llamado *historia no escrita*, que son *Vida y destino* y *El hombre que amaba a los perros*, más que des-ocultar una verdad que ha sido ocultada (método de la *alétheia*), colman un vacío “es y d-escribiendo” lo que nunca se registró históricamente. Y si se hizo (de hecho ocurrió), fue para instaurar la mentira de la historia narrada

por los vencedores. La peor de las falacias: la “historia” bolchevique. Un curioso dato que ilustra lo anterior es el destino historial que tuvo Ramón Mercader del Río (alias Jacques Mornard), asesino de Trotsky y protagonista de *El hombre que amaba a los perros*. Un oscuro día del no menos oscuro periodo de dieciocho años que duró su dicitario en la entonces “flamante” Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el zar del momento, Léonid Brezhnev, declaró héroe nacional a Ramón Mercader y ordenó el traslado de su cadáver al Cementerio de Kuntsevo, dedicado a los muertos ilustres y gloriosos de la patria rusa. Reciclando a Spengler, podría decirse que, en este caso, la tumba es el predicado oficial de un crimen político.

Como lo hiciera en otro momento de este escrito, propongo ahora una nueva réplica. Si por el sólo hecho de ser, el predicado nombra,



León Trotsky en su despacho de México. Foto: AFP.

y siendo la historia no-escrita vacío, nada, ¿cómo predicar sobre lo que no existe? Predicar sobre nada suena a disparate. La historia no-escrita *no es*; por lo tanto, de ella no se puede hablar, como nunca podrá hacerse acerca de lo inexistente. Hacerlo implica existirlo. Recuérdate al poeta Stefan George: “Ninguna cosa sea donde falta la palabra” (Heidegger, 2002). La contra-réplica es la siguiente: en este caso, la ausencia de escritura (*palabra*) no implica ausencia de acontecer (discurrir de los eventos y acontecimientos); es decir, la masa de los hechos que fueron reducidos a nada, sepultados en el vacío, intencionalmente silenciados, y por eso carentes de identidad. Como si por no hablarlos o no escribirlos nunca hubieran existido, lo cual se confirma en la cita de Stefan George. Pero el asunto aquí es que, además de la observación directa (Grossman fue reportero de primera línea durante la batalla de Stalingrado), están los testimonios, documentos y documentales, las noticias y evidencias; incluso las mentiras y los malos libros de la historia oficial. De modo que para esto también vale (en sentido inverso) lo dicho por George: habiendo palabras mentirosas las cosas *son*; aunque sean falsas. Las dos últimas menciones (mentiras y malos libros oficiales) abren las puertas, ahora sí, a la episteme del des-ocultamiento (Heidegger); pero con las demás se parte casi de cero y el predicado adquiere sentido por cuanto en el proceso de constituirse también construye al sujeto. No olvidar el comienzo de esta reflexión: el sujeto *es*, pero el predicado lo discierne; hace que *sea*. ¿Quiere decir lo anterior que si en lugar de “no-escritura histórica” hubiera existido un discurso de historia *buena*, que cumpliera su función veridictiva, habría ocurrido que las novelas en escena no existirían? Tal vez sólo serían diferentes de lo que son, porque de hecho la historia buena (como la mala) siempre ha existido, nunca dejará de existir y siempre será, por buena, predicado de la realidad que describe, pero ni su ausencia (como en el

caso que me ocupa) ni su presencia (como sucede con muchos otros) será impedimento para que los artistas dejen de hacer lo que deben: Tolstoi escribir *La guerra y la paz*; Malraux, *La condición humana*; Goya pintar “Los fusilamientos del 3 de mayo de 1808”, y Picasso, su monumental “Guernica”.

Regreso a la novela de Grossman. Todos sus recursos estilísticos apuntan a la construcción de una visión de mundo que atraviesa el sentido con que los discursos autoritarios petrificaron y cosificaron los hechos reales hasta reducirlos a nada, para darles la tesitura de una interpretación transhistórica fundada en las verdades de la poesía. Los hechos siguen ahí, pero ya no son meramente facticos; dejan de ser eventos históricos para convertirse en eventos literarios. Un ejemplo muy de nuestro patio es el que encontramos en *Cien años de soledad*, con la masacre de las bananeras: el acontecimiento histórico ocurrido en 1928 adviene en acontecimiento literario intemporal, y por eso imperecedero, gracias a la magia narrativa de Gabriel García Márquez.

Señalaré algunos “hechos” históricos sometidos a un singular proceso estetizante en *Vida y destino*:

- La batalla de Stalingrado.
- Los procesos de Moscú de 1937.
- El afán de Stalin por colocarse a la cabeza de la experimentación nuclear con miras a fabricar la bomba atómica antes que cualquiera.
- El intrincado y sanguinario engranaje del poder de la burocracia soviética durante el estalinismo.
- El diseño, construcción y puesta en funcionamiento de la industria de la muerte de los campos de exterminio nazi por parte de los alemanes.

- Las personalizaciones literarias de los perfiles humanos de numerosos personajes históricos que son reciclados como protagonistas de *Vida y destino*.
- El perfil humano de gente del común, soldados rasos, oficiales de baja, media y alta graduación enfrentados a las turbulencias de la guerra, viviendo sus amores y odios, acciones e impotencias en medio de los poderes de la maquinaria de las cadenas de mando militares y partidistas, y del conflicto al que fueron arrastrados por la lógica del *destino*.
- Como hecho poético es pertinente destacar la reiterada insistencia del narrador en el uso de las palabras “vida” y “destino”, haciendo de ellas robustos ideogramas literarios cargados de sentido estético y humano meliorativos.

La anómala lectura (¿“socialista”?) de esos hechos se hizo acomodándolos a una no menos proterva recepción del apotegma “no hay hechos, hay interpretaciones”, con el cual Nietzsche fundó el relativismo histórico moderno. Según Nietzsche, cualquier verdad es efímera y expresa la vida de un tiempo histórico concreto, incluida (obvio) la que privó durante el estalinismo, levantada sobre un cínico principio de la *realpolitik*: “la historia la hacen los vencedores”. Es en contravía de esa barbarie ideológica que Grossman construye una verdad histórica poética que enrostra a todos las proporciones ocultas; más que ocultas, no escritas, de una tragedia cuyas heridas nunca cerrarán. Difícilmente se encontrará en la historiografía, en los testimonios, vívidos o no; en los documentos oficiales acerca de los sucesos relacionados atrás, y de manera particular, en los relatos puntuales sobre los campos de exterminio nazis... Difícilmente, insisto, se hallará en ellos una pintura más intensa, estremecedora

y vivaz que la implícita en *Vida y destino*. Por algo su “verdad histórica” se prohibió durante toda la época de Jrushov y parte de los gobiernos posteriores de los nuevos zares.

Escrita en 1959, *Vida y destino* fue publicada por primera vez en Suiza, en 1980, gracias a disidentes que la sacaron en microfilmes de la hoy desaparecida URSS. De nada sirvieron los ucases inquisitoriales. Lo más paradójico es que sobre Grossman terminó cayendo como avalancha la dura y triste impotencia que describió con estas hermosas palabras en uno de los más dolorosos episodios de su novela: “el mundo está dominado por hombres de escasas luces convencidos firmemente de su razón. Las naturalezas superiores no dirigen los Estados, no toman grandes decisiones”. Es casi irresistible la tentación de transcribir dilatados párrafos, o cuando menos, fragmentos de la obra en los cuales, gracias a la pericia narrativa de Grossman, los curiosos podrían asomarse a los “círculos del infierno” que hacen parte de su demencial arquitectura, frente a los cuales los de la *Divina Comedia* parecen un día de campo. Ese trabajo lo harán aquellos lectores que se atrevan a zambullirse en las turbulentas aguas del mar de sus más de mil cien páginas.

Conclusiones

Verdad poética vs. Verdad anómala. La vigencia y vigor de la primera se debilita con el paso del tiempo a contrapelo del fortalecimiento de la segunda, porque, como ha ocurrido y seguirá ocurriendo, es esta la que reconocen y aceptan como dogma los integrantes del rebaño en que se ha convertido la humanidad para beneficio de los Trump, Kim Jong Un, Bolsonaro, Putin y Uribe de todas las calañas. En contraste, la recepción y entendimiento de la verdad poética es privilegio de minorías: naturalezas superiores que sobreviven y se encuentran

incluso en medio del común, y como ocurrió a Grossman y a tantos otros en su momento, hoy como antaño (y lamentablemente seguirá repitiéndose en hogaño), sufren impotentes e indignados el dolor que causa la degradación de la vida propiciada por los falsarios hacedores de “historias”.

Bibliografía

- Hawking, S. (2007). *El universo en una cáscara de nuez*. Barcelona: Crítica.
- Spengler, O. (2015). *La decadencia de occidente*. Barcelona: Espasa.
- Heidegger, M. (2002). *De camino al habla*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Grossman, V. (2006). *Vida y destino*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.